

les, y describió el lago como profundo aunque de fondo variable, pues en algunos puntos apenas hace más que cubrir extensas llanuras. Dice este explorador que el color del mismo es azul claro contemplado de lejos, matiz que se convierte en un tinte lechado ó gris cuando después de las 9 de la mañana se levanta el viento periódico del Sudeste. Las dimensiones de este lago sólo podemos calcularlas por la circumnavegación de Stanley en 1875, de la cual parece deducirse que así la longitud como la anchura del mismo son de unas 45 millas geográficas. Su altura sobre el nivel del mar parece ser de 1,237 metros.

Su principal afluente es el Schinoju, procedente del Sud (que algunos designan como el verdadero «río-fuente del Nilo» pues nace en Unjamwesi á los 5° de latitud Sud): por el Oeste recibe las aguas del Kagera ó Kitangula que lleva á él el caudal del Alexandra Nyanza. El desagüe que en forma de majestuosa corriente abandona el lago por la parte Norte, en la comarca Usoga, se precipita, poco después de su salida, por la catarata Ripon, se ensancha luego formando un lago poco profundo (el lago Ibrahim-Bajá) y recibe, después de pasar los rápidos de Karuma, el del Mwtan y sigue el golfo abierto, á semejanza del Nyassa, en el borde septentrional del país montañoso á una altura de 800 metros y en una distancia de 30 millas en dirección al Sud, hasta los 0°35' de latitud Norte. Al llegar aquí, nos encontramos ya con el territorio de la «mancha blanca» del interior desconocido: tratando como tratamos de desenvolver un panorama de la naturaleza, no consideramos propio de nuestra tarea dirigir una mirada hipotética más allá de este límite para descifrar el enigma encerrado en el Africa interior.

El carácter excesivamente tropical del clima del país montañoso y de los banales del Este de Africa se demuestra principalmente por el marcado antagonismo que ofrecen las variaciones de la conformación del suelo que hacen de este país quizás el más variado de esta parte de la tierra desde el punto de vista climatológico. El cambio frecuente é irregular de las dos estaciones secas y de las dos húmedas que observamos en los territorios de la costa, en donde hasta se llega á hablar de ocho estaciones, se convierte más allá de las montañas de la costa en una gran uniformidad casi igual á la que encontramos en Unjamwesi, Usinsa, Karagwe, Uganda y en el Tanganika, en donde se van sucediendo regularmente un período de seis meses, por término medio, de lluvias y otro igual de sequedad. El período lluvioso (*masika*) comienza en el Tanganika en setiembre y en Unjamwesi en noviembre y dura hasta mayo. La causa de la humedad es siempre en estas regiones de Africa el monzón del Sudeste, que por influencias locales se convierte allí en Sudoeste y con el sol se mueve hacia el Norte y hacia el Sud. Este viento inicia y termina el período de lluvias con tempestades de violencia tal que los rayos iluminan continuamente horas seguidas el espacio durante la noche. Las granizadas son también frecuentes en tales ocasiones; en cambio son raras las lluvias continuas (lluvias generales) que se presentan más hacia el Sud ó en la India. A pesar de los «mórbidos» ardientes rayos solares, que en los días serenos hacen que la tierra despida vapores y humo, la temperatura es durante este período más baja que en el período de sequedad. Por más que la acción relajadora del exceso de humedad se manifieste con gran fuerza, el período más malsano no es, sin embargo, el de las lluvias sino los comienzos del período de la sequedad. Los vientos del Oeste del período de las lluvias se convierten entonces en viento Nordeste, viento frío que produce innumerables enfriamien-

tos y especialmente reumatismos, que sopla sobre aquel país y que con la evaporación que ocasiona se enfría cada vez más. Sigue finalmente el período completamente seco que dura el resto del año, desde junio hasta setiembre ó noviembre, período el más sano para el cuerpo, durante el cual rara vez el cielo aparece sin vapores ó sin nubes, pero la falta de lluvias no deja por esto de ser absoluta. En estas comarcas de mesetas, las noches son, durante este período, frescas, y el máximo de calor del mediodía no pasa de 45° centígrados á la sombra. El rocío abunda solamente en la costa y en las montañas de la costa y en las inmediaciones del lago. Al terminar este período, el fresco que aumenta al alejarse el sol hacia el Sud, forma una especie de transición primaveral al período de lluvias: las plantas reverdecen y retoñan, los pájaros construyen sus nidos y los hombres preparan sus campos y dan á los techos de sus cabañas una nueva capa de limo para poder contrarrestar los chubascos que se esperan. La importancia que para la vida de estos pueblos tiene el período de lluvias puede deducirse del hecho de contar no por años sino por *masikas*, períodos de lluvias. ¿Es quizás esta manera de contar simple expresión de lo agradable, de la misma manera que entre nosotros se hace en lenguaje poético con el «verano» y la «primavera» que sustituyen el año prosaico? Sea lo que fuere, el período de lluvias es el período de la vida, del movimiento y del trabajo para los africanos del Este.

Ateniéndonos en el estudio del carácter general de la vegetación á lo que hemos dicho respecto de la flora de Africa (véanse pág. 63 y siguientes), sólo nos ocuparemos aquí de las plantas útiles, para cuya apreciación nos ofrece una buena clave la lista de las plantas del Este y del interior del Africa debida á Grant que figura como apéndice en el *Journal of the discovery of the sources of the Nile* (1863) de Speke. En dicha lista se continúan 196 clases de plantas útiles, de las cuales 26 son de cultivo y 170 silvestres: entre estas últimas, hay 40 alimenticias, 14 que sirven de alimento y además para otros objetos, 42 medicinales, 29 proporcionan maderas para construir las cabañas, canoas, utensilios, etc., 21 dan fibras y cortezas para telas y cuerdas, 5 son plantas colorantes, 6 producen una ceniza de la que se saca la sal, 4 resina y 9 objetos de adorno (frutos útiles como crenetas, etc.). Hay además un gran número de vegetales indígenas que no se utilizan en absoluto: así por ejemplo, ninguna de las nueve añilíferas se utiliza como planta colorante, y por otro lado los indígenas se mostraron muy admirados al ver que Speke y Grant se comían los tomates silvestres que encontraron entre los 7° y los 4° de latitud Sud. Por esta lista puede comprenderse cuántos tesoros encierra este rico territorio utilizados en parte; pero ¿cuántos pueden permanecer ignorados todavía? Después de haber visto (página 78) la pobreza que en plantas útiles ofrece el Sud de Africa, es interesante observar que aquí, en el Este, la flora africana no es pobre en vegetales utilizados ó utilizables. Y que en estos territorios la fertilidad es á menudo espléndida nos lo demuestra, entre otras, la descripción de Elton y de Cotterill, quienes al salir del Nyassa en dirección al Norte caminaron durante una milla alemana por una selva de plátanos.

La fauna etiópica aparece en estas comarcas montañosas en toda su riqueza. Los grandes carnívoros y paquidermos, una porción de antílopes que en número, variedad y tamaño casi pueden compararse con los del Sud de Africa, los babuinos que todos, especialmente las mujeres, temen tanto como á las mismas fieras, son aquí animales característicos. Los carnívoros aparecen, de cuando en cuando, en tal abundancia que por su causa han de ser abandonadas las aldeas

ó es preciso construir las viviendas sobre estacas. En el período de lluvias, abundan las aves acuáticas y los palmípedos, no falta tampoco el avestruz, llegando también una porción de pequeños pájaros emigrantes, entre ellos la aguzanieve que se considera sagrada (véase pág. 211) y llega á ser animal doméstico, y una golondrina que construye su nido no en los tejados sino en los aleros. Muchos de estos pájaros prestan el servicio de exterminar las langostas que á veces se presentan allí en gran abundancia. Las serpientes venenosas no son frecuentes. Las ranas celebran sus conciertos en las inmediaciones húmedas de los grandes lagos y por el sonido de su voz más se parecen á las del Nuevo Mundo que á las de Europa. De los animales pequeños característicos podemos mencionar los mil-pies, que algunas veces tienen 15 centímetros de largo, las sanguijuelas de tierra, las hormigas blancas y la mosca zezé que, según Livingstone, se encuentra en el mismo Tanganika. Además de los montones que forman las hormigas blancas, los montecillos de tierra de un palmo de alto que hace el cangrejo rúricola y que se endurecen rápidamente, dificultan de tal manera la marcha de los viajeros por el interior del Africa que es preferible seguir el camino al través de las frondosas selvas en las cuales no encuentran estas desigualdades del terreno.

CAPÍTULO IV

LAS TRIBUS DEL NYASSA

«Una fragua de pueblos semi destruída.»

Los manganjas (nganjas), pueblo agrícola de la región del Nyassa.— Estructura corporal. Territorio de sus residencias. Traje. Armas. Agricultura. Ganadería. Pesca. Alimentación. Residencias. Industria. Espíritu mercantil. Comerciantes hembras. Fraccionamiento político.— Los banyai (nyai). Orden especial de sucesión hereditaria.— Los makúas y sus relaciones con los yaos.— Pequeñas tribus del Nyassa: kondis, nyikas, inyamwagas, mambwes.— Los babisas (bisas) de la región del Bangweolo. Agricultura. Ganadería. Imperfecta navegación en canoas. Opresión por los yaos. Leyendas primitivas.

Los manganjas ó wanyassas (maravis, matumbokas, matschewas y otros varios nombres de distintas parcialidades de tribu se aplican á menudo á la tribu toda) constituyen un número de tribus que habitan en el lago Schirwa y en el borde meridional y occidental del Nyassa, y cuya fuerza política junto con su florecimiento agrícola han desaparecido en gran parte á consecuencia de las expediciones guerreras de los masitus. Antes de éstas, según refiere Livingstone, todos los manganjas estaban unidos bajo el gobierno de su gran caudillo Undi, cuyo imperio se extendía desde el lago Schirwa hasta el río Loangwa, es decir más de cinco grados de longitud. Una tradición refiere que llegaron del Oeste ó del Norte, lo cual parece confirmado por su nombre de «maravis» que en su lenguaje significa Noroeste.

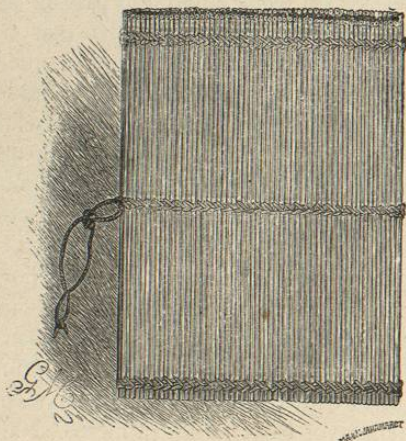
Los hijos de este pueblo tienen un color oscuro (más oscuro, al parecer, en el país bajo de las orillas del Nyassa que en los países montañosos de los alrededores) y Livingstone ha hecho notar repetidas veces que su fisonomía es más noble, es decir menos de negro. Dice este explorador, después de haber hablado de un cierto perfil griego, que «sus rostros afectan poco prognatismo» encuentra también que su cuerpo y sus miembros son bien formados, que sus manos y pies son pequeños y que «el talón espuela» no aparece entre ellos con más frecuencia que entre los europeos. La situación oprimida en que se encuentra casi generalmente este pueblo hace que sea muy difícil formarse una idea imparcial del carácter del mismo, pero puede decirse

que, como todos los pueblos decididamente agrícolas del Africa, es poco guerrero, muy laborioso (excepción hecha de algunas tribus del país bajo del Nyassa), hábil en la agricultura y en la industria, ceremonioso y cortésano, virtudes que no impiden, sin embargo, que los manganjas sean menospreciados por los masitus y por los mismos árabes. En muchos puntos, especialmente en el Norte á donde se han retirado los babisas, la opresión de las invasiones les ha hecho perder además del valor y del sentimiento de independencia sus virtudes económicas.

El territorio donde residen los manganjas se extiende, en la actualidad, por la orilla izquierda del Zambezé desde la desembocadura del Schire y hacia el Norte hasta los 12 grados de latitud Norte. En el valle del Schire y de sus afluentes, alrededor del lago Schirwa y luego en la orilla occidental del Nyassa hasta el elevado país de las mesetas de los zulús ó masitus, residían también esas tribus, pudiendo ser consideradas como los primeros que allí emigraron de todos cuantos hoy habitan en los citados territorios. Al Oeste confinan con los babisas y basungus y al Norte con los masitus y con los babisas. Los manganjas del Sud, los maravis del Sudoeste allende la montaña Kirk, los marimbas y matumbokas de la orilla occidental del Nyassa, y los matschewas al Oeste de éstos, no son más que grandes fracciones de tribus. Los wayaos por el Este y el Sudeste, los banyais por el Sud y los babisas por el Norte invadieron estas residencias, en donde unos, como los dos últimos, vivieron una vida sedentaria confundiendo con las distintas tribus de los manganjas, mientras que otros, como la mayor parte de los primeros, se apoderaron como nómadas de una parte del país. Cuando Livingstone llegó por vez primera á estas comarcas, los manganjas en cierto estado de pureza sólo habitaban el país montañoso de Deza, entre los 14° y los 15° de latitud Sud aproximadamente.

Los manganjas se visten de pieles, generalmente de cabra, que se atan sobre las caderas: sus mujeres usan telas de algodón y de buazé con las cuales cubren su cuerpo de pecho para abajo y, desde la aparición de la trata de esclavos, emplean telas de algodón de fabricación europea. Los manganjas se adornan de una manera exagerada, y los hombres muestran orgullo especial en sus peinados, cuya variedad es sorprendente. Las formas preferidas son las de cuernos de búfalo á ambos lados de la cabeza, la de rayos fortalecidos por largas y elásticas tiras de corteza que salen en todas direcciones, la de largos mechones que les caen por la espalda, etc. Algunos se alargan la cabellera entretejiendo con los cabellos cortezas ó fibras, otros se afeitan y en varias tribus afines de más arriba de Tete encuéntrase también pelucas negras de ife (*sansevierra*). No menos exagerados son los demás adornos que cubren el resto de sus cuerpos: viniendo del Sud, se ve allí por vez primera el *pelele* ó anillo de los labios: para clavarlo se agujerea el labio superior de las muchachas por el centro y muy junto al tabique nasal, introduciéndose un clavo de madera en la herida á fin de que ésta no se cicatrice. Este clavo es sustituido gradualmente por otros mayores hasta que con facilidad se puede poner en el agujero un anillo de 6 centímetros de diámetro. También se suele colocar en él un disco de estaño en forma de plato. Una mujer no se presenta nunca en público sin el pelele, excepto en los días de luto por alguna defunción. En Rowuma encontramos también entre los hombres este raro adorno y algunas veces, por modo de excepción, está completado por una clavija que atraviesa el labio inferior y la encía. Sólo una mujer manganja, respetada por su superior inteligencia, se avergonzaba, según

Livingstone, del pelele que se quitaba cuando hablaba tapándose el agujero con la mano. En algunas comarcas, el ejemplo de los wayaos ha hecho desaparecer hace algunos años la clavija de los labios. Los manganjas llevan además los acostumbrados anillos de hierro ó de cobre en los dedos, cuello, brazos y piernas: una tribu del Luia lleva en la oreja un solo arete de latón, de 6 á 10 centímetros de diámetro, según la usanza de los egipcios. Entre esos individuos son frecuentes las largas cicatrices de tatuaje, cuya disposición simétrica demuestra que no son cicatrices hechas para fines quirúrgicos y sí solo á manera de adornos: así en los hombres como en las mujeres encontramos cortas rayas de esta clase trazadas transversalmente sobre la nariz, la frente y las mejillas y en forma circular en el pecho y en el ombligo. Algunas tribus van, sin embargo, más



Una tabla de carraca de los wayaos (Museo británico, Londres) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

allá y se marcan figuras puntiagudas y angulosas distintas en cada una de ellas, desde la cabeza hasta los pies. El sistema de tatuaje se practica cortando la epidermis y separando los bordes de la herida hasta que la membrana subyacente se levanta y forma una cicatriz. Otros individuos de la misma tribu se cubren todo el cuerpo, especialmente la nariz (véase el grabado de la pág. 172) de cicatrices á modo de verrugas que recuerdan los adornos de la nariz de las mujeres árabes. No menos variantes ofrece la costumbre de limar ó cortar los dientes: algunos se liman los superiores delanteros de manera que sus bordes formen una media luna, mientras otros se hacen una mella triangular. A las robustas dentaduras de estos negros se debe que, á pesar de esta mutilación, sus dientes se conserven tan fuertes que á menudo al llegar á la ancianidad se han gastado lentamente hasta la raíz, justificando de esta suerte el refrán que se aplica á los ancianos «ha vivido tanto tiempo que las encías y los dientes son recíprocamente lisas por completo.»

Por lo mismo que los manganjas, dentro del dualismo étnico que á menudo hemos mencionado y que tan marcadamente aparece en sus residencias, constituyen el elemento sedentario, agrícola y pacífico, las armas representan entre ellos un papel insignificante. Por otra parte, son excelentes herreros y están tan bien armados como sus vecinos nómadas, y aun en las regiones donde se encuentra el hierro mucho mejor que ellos. Las armas principales de este pueblo son la lanza, el arco y la flecha. Sus lanzas, como las de los pueblos del Zambezé, se distinguen por lo pesadas, pues no sólo sus puntas están provistas de gruesas hojas angulosas, sino que hasta en sus mangos tienen anillos de hierro. Algunas tribus, como las de los habitantes del Schire en las cercanías de Momba, son temidas por sus

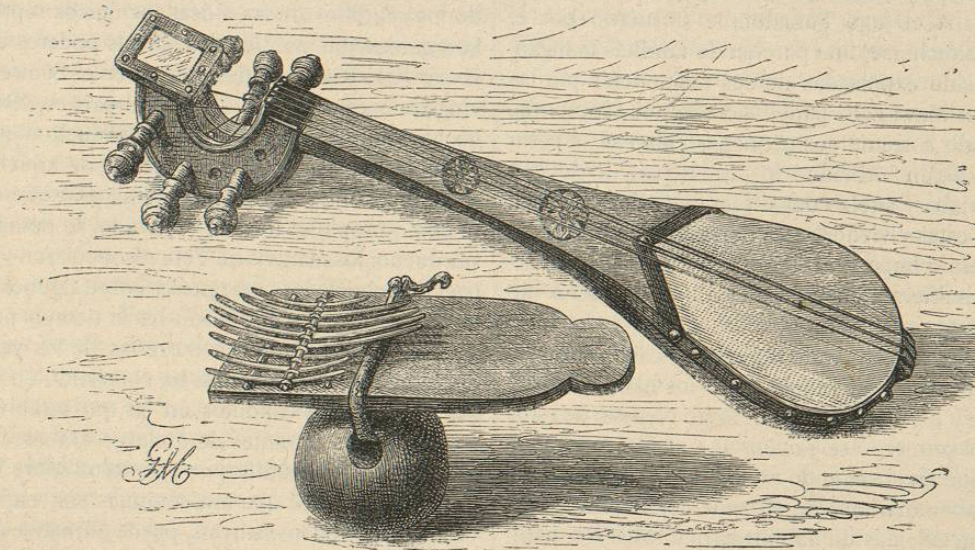
flechas envenenadas y dotadas de garfios. Livingstone habla de una clase especial de flechas envenenadas que se usan en el Nyassa provistas de puntas de madera: estas flechas, untadas con un veneno sólo mortal para los hombres, se llevan cuidadosamente envueltas en hojas de maíz. Además, hemos oído hablar alguna vez de otras armas, entre ellas de un cuchillo largo y á menudo artísticamente trabajado. El arco y la flecha son, sin embargo, los compañeros inseparables del manganja, siendo el primero muy imponente aun á simple vista, pues tiene dos metros de altura.

En punto á agricultura, son los manganjas uno de los pueblos más adelantados del interior del Africa: apegados en extremo al terruño, demuestran, á consecuencia de esto mismo, escaso conocimiento de los caminos, ignorancia que les ha valido á menudo censuras de los viajeros. Caracterízase este pueblo por la circunstancia de que no son las mujeres las únicas que trabajan en los campos, sino que para las labores agrícolas salen todos los habitantes de una aldea, no siendo extraño ver asiduamente ocupados á hombres, mujeres y chiquillos, depositándose los niños de pecho muy cerca de ellos debajo de algún árbol frondoso. Muchas veces algunos convecinos labran el campo de un rico por un poco de cerveza. Los caudillos dejan á menudo los trabajos agrícolas para esperar en sus casas la llegada del extranjero. El jornal dura, como en los pueblos tropicales más laboriosos, desde la madrugada hasta las once y desde las tres hasta la puesta del sol, no contentándose sólo con sembrar en los puntos despejados sino que también aclaran activamente los bosques, derribando los árboles con sus pequeñas destales de hierro dulce y sembrando sus granos entre los troncos que dejan podrirse poco á poco. Por esto encontró Livingstone en los bosques vírgenes de la orilla occidental del Nyassa algunos claros de una milla inglesa cuadrada y aun mayores, en los cuales los árboles habían sido derribados quedando sólo en pie troncos de $\frac{1}{4}$ á un metro de alto. La leña cortada era reunida en montones y quemada y con las cenizas se abonaban estos terrenos roturados, en los cuales se sembraba una especie de mijo (eleusine?), al cual Livingstone atribuía la propiedad de ser «tan indigesto como la arena.» El viajero que viene del Sud encuentra aquí por vez primera el cultivo del algodón, del cual se obtienen dos clases extranjeras y una indígena, que es de producción anual y de tan corta fibra que tiene el mismo tacto que la lana. El cultivo del algodón está muy propagado, habiendo visto Livingstone campos de él de un acre de extensión: añade este explorador que cada familia acomodada tenía un campo de algodón. Igualmente generalizada está la manufactura de ese textil, de suerte que en tiempos de paz apenas se encuentra en el territorio del Schire una aldea en donde no haya algunos individuos que laven, hilan y tejan este producto. «Se comienza por separar cuidadosamente con los dedos ó con un rodillo de hierro y sobre un pequeño pedazo de madera las semillas, formando con el algodón largas y blandas tiras. Luego se le da la primera torcedura en un huso dándole el grueso de una torcida de bujía. Después de haberlo adelgazado y arrollado en un gran ovillo, recibe la última y más fuerte torcedura y es hilado en un huso formando un grueso hilo. Desde que comenzó á florecer la trata de esclavos en los territorios del Nyassa y del Rowuma, perdió su importancia en toda la ruta comercial el cultivo del algodón, pues los árabes han invadido el país con géneros de algodón baratísimos. Una prueba de inteligente inventiva en esta materia nos ofrecen los habitantes de las comarcas pantanosas del valle del Schire que en el pro-

fundo limo cultivan el maíz, para lo cual comienzan por llenar el agujero de arena y luego depositan la semilla que cubren con arena también. En los tiempos de sequía se ve á las mujeres regar sus plantaciones con botijos de calabaza, mientras los hombres se dedican en otros sitios á expurgar los frondosos árboles que crecen en los campos de manera que no priven de luz á las plantas que hay debajo de ellos. Considerando esas prácticas agrícolas y al ver por vez primera los campos del Schire, pudo exclamar con razón el obispo Mackenzie: «En Inglaterra manifesté que me proponía, entre otras cosas, enseñar á este pueblo la agricultura, pero ahora veo que saben más de ella que yo mismo.» Además de su habilidad, tienen estos pueblos gran escrupulosidad en todo cuanto á sus trabajos agrícolas se refiere, de modo que al caer las primeras gotas de lluvia

que indican el comienzo del período de lluvias (fines de octubre) es imposible obtener de ellos faquines ó guías porque todos han de dedicarse á sus plantaciones. Estas tribus, además de sus campos, saben también explotar la naturaleza que les rodea: algunos recorren el país en todas direcciones buscando miel silvestre, para cuya faena suelen tomar por guía el pájaro miel: otros reúnen en el bosque los largos y duros retoños de un arbusto, *Securidaca longipedunculata*, con los cuales fabrican un hilo, *huask*, que les sirve para fabricar una tela basta que las mujeres principalmente emplean para sus trajes. Con la corteza de la higuera silvestre fabrican una tela de corteza y con su savia el *cauchú*: sus delgadas raíces superficiales se usan como medicina.

La ganadería de los manganjas hubo de ser antigua-



Guitarra y caja armónica de los wayaos. (Museo para Etnografía, Berlín)— $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

mente más importante de lo que es hoy en día, pues la dominación de los masitus les ha costado la mayor parte de sus rebaños. Su buey, que Livingstone compara con los bueyes cebados de Madagascar, tiene una giba grasa muy pronunciada. Las vacas no son nunca ordeñadas porque los manganjas no beben leche. Su ninguna afición á comer huevos explica el poco cuidado con que miran á las aves. Esto no obstante, en la tribu de los matumbokas que en muchos puntos se diferencia de las otras, abundan las gallinas y los palomos parecidos á los egipcios. Además de sus ovejas de negro pelaje y gorda cola, tienen los manganjas cabras de cuya descripción se desprende que pertenecen á una raza hermosa de ancho cuerpo y cortas piernas. Pero los verdaderos ganaderos del país de los manganjas no son estos, que profesan demasiada afición á la agricultura y son demasiado sedentarios para esta industria, sino sus opresores los wayaos y los masitus.

La caza, en esas comarcas densamente pobladas y por ende pobres en animales, les ofrece muy pocos recursos, pero como estos pueblos no son difíciles de contentar, llegan á comer en los años de hambre hasta ratones en número considerable. Una parte importante de su alimentación es la cerveza, cuya preparación, como la de los manganjas, es de incumbencia de las mujeres; y como no tienen medio alguno para evitar que fermente, se la han de beber en poco tiempo, lo cual es causa de frecuentes bacanales. La alegría sube de punto durante la estación del vino de palma, pues entonces todas las familias se trasladan al bosque para pasar el «otoño» debajo de las palmeras. El uso

de la sal para sazonar la comida está, al parecer, muy generalizado, pero los manganjas producen más sal de la que necesitan sacándola de los salinos pantanos del Schire, en donde se establecen temporalmente tribus enteras para hacer la coladura del limo. Este exceso de sal hace que sea más extraño que no aprovechen la que les sobra para salar los pescados que en gran abundancia extraen del Nyassa y de los pequeños lagos que alrededor de éste se encuentran. Flotas enteras de canoas hechas con troncos de árboles se dedican á la pesca: los manganjas del Nyassa son excelentes navegantes. Muchos pescados constituyen, después de secados, un artículo de comercio para la exportación. Como hecho curioso concerniente á la idea de propiedad, merece consignarse que habiendo querido Livingstone comprar pescado á varios hombres que pescaban en un remanso del Nyassa, éstos le dijeron que se dirigiera á su soberano, que era á quien el pescado pertenecía y quien luego lo vendía de buena gana.

Las aldeas de los manganjas suelen estar rodeadas por unas altas vallas de euforbios á manera de columnas (el euforbio no deja crecer la hierba á su alrededor y es además incombustible, de suerte que constituye para las aldeas una defensa contra los incendios) y algunas veces también de bambúes y de higueras silvestres. Estas aldeas, por regla general, no son grandes, pero en cambio el número de las mismas es considerable: en algunas comarcas cuya población no ha sido todavía diezmada por la guerra, están situadas á un kilómetro de distancia una de otra. Las cabañas son de forma circular, habiéndose intentado en las cercanías del